

ETHOS FILOSÓFICO: DESEO, SUJETO, CONSTITUCIÓN DE SÍ

Roque Farrán

1.

Debo admitir que desde el principio me costó mucho leer a Lacan, pero no cejé en el esfuerzo de hacerlo porque intuía que algo de la verdad se jugaba en esos áridos, enroscados o crípticos enunciados; finalmente, creo haber entendido algo, si no todo, al menos lo que necesitaba entender y eso, puedo atestiguar con el tiempo, me ha transformado (parte de ese entendimiento implica el duelo por la totalidad de sentido perdida). Por eso pienso que la escritura tiene que ser muy exigente, tiene que presentar alguna dificultad puntual al momento de encarar su lectura sintomática, y no dejar otra salida que la de su misma entrada, si en verdad apunta a transformar al sujeto; porque, si simplemente se entiende de buenas a primeras, entonces dejará todo como está: no habrá pasado nada. O sea, si alguien después de leer un texto, dice ¡ah clarísimo, entendí todo!, pues bien, concediéndole que lo ha hecho, en efecto no ha pasado nada. Las escrituras bien anudadas apuntan y convocan en cambio a que se las lea con el síntoma, así pues, no dejan otra salida para su entrada que éste caiga y se haga, con el tiempo y la paciencia, *sinthome*: un modo singular de saber y hacer allí con lo real imposible, lo incurable.

2.

A veces tenemos temor de abrazar el deseo porque, ¿quién no ha entrevisto en el colmo de la felicidad la fugaz y aciaga sombra de la muerte? La vida es eso: el sutil trenzado entre *Eros* y *Thanatos*. O mejor: *E(ros y Thana)thos*; así se escribe una ética de la vida verdadera que da lugar a la íntima imbricación del deseo y la muerte; que no se resuelve, por tanto, en el *deseo de muerte* ni en la *muerte del deseo*, sino que sostiene la tensión en el entrelazamiento de ambos términos para propiciar una (trans)formación del sujeto, a saber: una erótica extendida e intensa de zonas indiscernibles donde las opacidades constitutivas encuentran fugaces e intermitentes iluminaciones de felicidad real. Pues un sujeto humano solo puede orientarse en lo real a través de su deseo; el sentido de realidad es pura fantasía. Pero el deseo -teóricamente antihumanista- no es el simple anhelo o el querer algo de la voluntad, el deseo es el agujero por el cual las tres di-

menciones irreductibles del ser hablante se anudan entre sí: real, simbólico e imaginario. De allí que el deseo sea *el deseo del Otro*, como se dice, pero se circunscriba en su falta o en su tachadura y, solo así, toca un real-imaginario, ese pequeño objeto inasible que es su causa: *objeto a*. Todo esto, por complejo que suene, lo puedo decir en nombre propio -no recurriendo al Lacan *dixit*- porque me ha tocado atravesarlo vitalmente y, cada vez más, me oriento en función del deseo. Es doloroso y vivificante a la vez reencontrar las huellas en que uno, desorientado a veces, se ha perdido y dividido en el pasado, no para creerse *uno* de nuevo -y reconciliarse consigo mismo, como se dice vulgarmente- sino para aprender a contar, en futuro anterior, al menos hasta *tres*; eso es lo que orienta verdaderamente en la cosa del pensamiento, nos sitúa en el presente y conduce al acto.

3.

Cada vez estoy más convencido de que el psicoanálisis es una ética y encuentra, por ende, su mayor inspiración y rigurosidad en las prácticas ascéticas de la filosofía antigua; sin embargo, la práctica del psicoanálisis y su teorización renovada, no pueden desconocer los cortes que han producido en los discursos la ciencia moderna (su matematización integral) y la política revolucionaria (las paradojas de la democracia y la soberanía popular), porque dichos cortes no dejan de afectar la posición y constitución del sujeto en su extrema singularidad (no puede apelarse a esta última como excusa para no pensar lo común que nos afecta). En definitiva, para que los practicantes del psicoanálisis -a veces mal llamados psicoanalistas- puedan ejercer su función con rigor, efectividad y flexibilidad, sin retroceder ante el deseo en cuestión, es necesario que estén advertidos -y lo asuman así en su formación- del entrecruzamiento incesante entre ética filosófica, ciencia y política. El modo de lectura es clave allí. Pues la lectura sintomática es también sistemática, ya que da con el punto nodal del sistema; punto cuya opacidad inmediata no impide trazar las principales líneas de fuerza que lo sobredeterminan. Es en el modo de leer, de intervenir en acto, aunque cambiando y desfasando niveles, donde las prácticas filosófica, política y psicoanalítica co-ocurren. Trabajar entonces con significantes, conceptos y cuerpos, en su mutua imbricación pero sin desconocer dominancias y sobredeterminaciones locales, es lo que da el índice de eficacia en cada caso. El correlato de estas operaciones, no solo intelectuales, es también un afecto característico: felicidad real.

4.

El modo de lectura arriba mencionado no tiene nada que ver con trazar una historia de los conceptos, pues implica al sujeto que investiga y su formación misma. Hace algunos años se puso de moda la historia conceptual, recuerdo que a algunos amigos provenientes más de la filosofía que de la historia les permitía salir un poco de la vieja historia de las ideas, de sus esquematismos y linealidades; pero el problema es que ahora ese enfoque también parece devenir normativo y esquemático, pues lo clave no es cómo detectar anacronismos conceptuales y estipular qué se puede decir -qué tiene sentido decir- en cada época histórica, sino cómo se posiciona cada quien en la lectura singular de autores, tradiciones y épocas a las que apela, y si ese posicionamiento implica una transformación del sujeto en cuestión; es una lectura que convoca a un *ethos* más que a un punto de vista; allí se vuelven indiscernibles el investigador y lo investigado, lo individual y lo colectivo; indiscernibles de manera rigurosa y acotada, no se trata de una mera identificación a enunciados rígidos o reglas de producción discursiva; se trata de dar con el nudo donde se entrelazan lo epistémico, lo ético y lo político. Pero, claro, como en todo hay que tener cierta sensibilidad e inteligencia para captar los movimientos y desplazamientos: qué se juega allí en cada caso. En ese sentido un buen intelectual o un buen filósofo, se podría decir, operan como un simple analista. Ahora bien, en cuanto al método a seguir, ¿se trata de encontrar invariantes estructurales, recurrencias problemáticas, o bien seguir los acontecimientos en su pura y fugaz contingencia? ¿Y el sujeto? No hay oposición entre acontecimiento y estructura, entre la contingencia y la ley, el verdadero acontecimiento sucede justamente cuando la estructura se muestra abierta y fallida en un borde singular; luego, extraer las consecuencias de ello exige volver una y otra vez sobre la falla circunscrita para contar lo incontable, nombrar lo innombrable, forzando términos y condiciones, aquello que vulnera la ley; un sujeto responde justamente allí, en ese borde, solo y no orientable, cada vez que se suscita la disparidad irreductible entre-dos (términos, dispositivos o condiciones). Dice Lacan: “El padre, el Nombre-del-Padre, sostiene la estructura del deseo junto con la de la ley -pero la herencia del padre, Kierkegaard nos la designa: es su pecado.” Por eso, en las fallas e inconsistencias apoyarse, en las ambigüedades y dudas hallar la certeza, y así. El posfundacionalismo no es el pensamiento que se abre solo por la carencia de fundamentos o marcadores de certezas, sino por la práctica concreta de escisión y la radicalización de la lógica fundamental: la que nos consti-

tuye ontológicamente divididos (por la felicidad).

5.

El sujeto nunca ha sido otra cosa más que el intervalo abierto entre significantes: marcas en un hueso primitivo, en un papiro antiguo, en una hoja en blanco, o, como en este preciso instante, estas letras que pueden servir a algún algoritmo computacional. La alienación del sujeto siempre ha sido la misma: no saber ni poder captar ese intervalo *que es*. Allí se trama el deseo y se potencia, asimismo, en tanto *deseo de deseo* no reductible a los objetos que contingentemente vienen a hacer las veces de semblantes (ocupantes más o menos fallidos de los intervalos). Entonces, por más que se perfeccione el mecanismo de alienación, se sofisticue o lo que sea, éste siempre necesitará del deseo del sujeto: suscitarlo y reconducirlo a un objeto de identificación o consumo. Pero, allí mismo donde está la trampa de toda alienación, se encuentra también la libertad de constituirse a sí en función del propio deseo, el cual adviene al producir la operación de separación y ese mínimo distanciamiento crítico necesario para constituirse a sí mismo, para constituirse en tanto deseante. El sujeto entonces es un intervalo suspensivo entre significantes, prácticas o dispositivos, pero el sujeto no es puro ni vacío, porque ese “entre” es posicional y relativo: allí adviene siempre un tercero que va produciendo, en el movimiento alternado de los otros dos, un trenzado por el cual cada signifiante, dispositivo o práctica, va cumpliendo circunstancialmente el rol del tercero. Por eso muchos dicen que no hay un tercer principio, ni siquiera hay dos, solo hay un principio que no es trascendental ni profundo ni pragmático, es ontológico y material: el trenzado de cualquiera de los términos en cuestión; eso es el sujeto. El empresario de sí, en cambio, es también un explotado de sí; se anuda solo a sus mandatos (proporcionados por el Otro, claro, sin falta ni mácula). Por eso esta figura subjetiva, paradigmática del modelo neoliberal, nada tiene que ver con la constitución de sí, es decir, de quien se libera fundamentalmente de su propia servidumbre. El primer paso de cualquier liberación, incluso si uno se encuentra encadenado, es tomar la suficiente distancia de sí como para poder captar nuestra participación en el asunto. ¿Cuál es la distancia justa entre las palabras, los cuerpos y las cosas? ¿Cuál es la distancia justa que nos permite afectar y ser afectados, componer y anudar en esa potencia inusitada que se va abriendo y desplegando a medida que uno va dejando de ser uno pero sin disolverse en la nada, la confusión o el mimetismo, sino encontrando *otro modo de ser* entre las cosas,

los otros, las propias pasiones? ¿Otro uno? Quizás. No solo ya, imaginario o simbólico, sino real. Uno que anuda de manera delicada y firme, invita, escucha, abre pero decide sobre puntos cruciales. Anticipa, escande y apuesta. La tensión entre lo uno y lo múltiple, la unidad de lo diverso, la diversidad de los unos y los múltiples, en fin, la lógica hegemónica o la lógica de gobierno para mí encuentran cada vez más su figura y su práctica en el anudamiento o el trenzado de todo eso que nos solicita a un tiempo y somos, resguardando una sutil y mínima distancia. Práctica artesanal, sin dudas, *techné* moderna y eterna, tarea imposible y necesaria.

6.

La distancia de sí es la clave de la constitución de sí, que, por eso mismo, jamás se resuelve en una identificación plena, ni con lo que se es ni con lo que se desea, sino al asumir esa irreductible distancia que hace que uno y otro polo se sostengan en tensión y se reconfiguren continuamente mediante actos y ejercicios concretos. Solo esta idea y práctica de sí desplaza o vuelve inútil la polémica entre los cultores de un sí mismo antiguo que se identifica con la razón divina, los modernos que lo ubican como un noúmeno o real imposible que funciona como idea regulativa, y los cultores posmodernos de una identidad *pret à porter* que se transforma por mera voluntad. Esa distancia de sí, por ende, puede ser irónica, estoica, cínica o escéptica, puede presentarse como una elevación a una millonésima parte de distancia del suelo o incluso imaginarse que arriba un milisegundo antes de la instauración de las relaciones de poder, lo importante es que se entienda que el sujeto se constituye allí mismo, en efecto, pues es el operador vacío entre significantes y como tal es irreductible a toda subsunción, aunque entre ellas opere y por ellas se constituya. Así pues, la orientación que se desprende del último Foucault indica no solo estudiar y pensar el sujeto, sino el *sí mismo*. Es un enorme trabajo que quedó abierto e inconcluso tras su muerte, pero que nos brinda abundante material para continuar la tarea. *La historia de la sexualidad* es un punto importante aunque no el único y su inteligibilidad depende en buena medida de que se tengan en cuenta los desplazamientos y reconfiguraciones en torno a las prácticas de sí y la ontología crítica del presente. Entre las idas y vueltas por distintas tradiciones, antiguas (cristianismo, helenismo) y modernas (dandismo, iluminismo), sin tomar posición excluyente, considero que la clave de estas indagaciones es pensar la constitución de sí en sus mismas variaciones (sin privilegiar una tradición por

sobre las otras masivamente, sino en puntos estratégicos), para así poder captar que se trata de un ejercicio *ethopoiético* sin fin. Por eso, más que superación o supresión del yo, como se insiste a menudo (tratando de correr a Foucault desde sus mismos antecedentes), se trata de practicar un *distanciamiento de sí* que, por momentos, se supera o se suprime pero que esencialmente se constituye en esos movimientos alternados no exentos de tensiones, contradicciones y afectos singulares. Nunca se llega a un dominio acabado de sí, ni a una superación o abolición absolutas del yo, no obstante alcanzar puntos de una distancia adecuada; esa es, en efecto, la *constitución de sí*.

7.

¿Por qué sigo sosteniendo que Foucault es un pensador actual y que aún nos puede aportar mucho para pensar las encrucijadas de nuestra época? Sin dudas no me apoyo en el punto más conocido ni mejor entendido del último Foucault para sostenerlo: la actitud *parrhesiástica* en filosofía y la ontología crítica de nosotros mismos; allí donde, a mi parecer, el maestro finalmente, al borde de la muerte, encuentra su propia y anómala sistematicidad. Cada quien elige su Foucault, es decir el que lo interpela: los epistemólogos e historiadores conceptuales se quedan con el de *Las palabras y las cosas* o *La arqueología del saber*, entre regímenes discursivos y epistemes; los filósofos políticos radicales prefieren en cambio el de las relaciones de poder y la biopolítica, digamos entre *Vigilar y castigar*, el curso *El nacimiento de la biopolítica* y *La voluntad de poder*; finalmente, algunos psicoanalistas o minorías identitarias escogen la dimensión ética, el énfasis en las prácticas de cuidado de sí o el dandismo estético, a partir del material de sus últimos cursos y entrevistas pero focalizados exclusivamente desde *La hermenéutica del sujeto*. Son pocos, muy pocos, los que captan y hacen resonar el anudamiento inexorable entre estas tres dimensiones irreductibles: saber, poder y cuidado; dimensiones que constituyen al sujeto y que Foucault trabaja conjuntamente sobre todo en su último curso: *El coraje de la verdad*, y en su último escrito publicado: *¿Qué es la Ilustración?* Insisto en estas dos palabras: *irreductibilidad* e *implicación*, eso es lo real en juego, lo transhistórico del asunto, lo que impide que el saber, el poder y las técnicas de sí, se homogeneícen o hagan Uno (imaginario o simbólico). Tomar a cargo esa función transhistórica que interroga a cada una de las dimensiones irreductibles que nos constituyen, a través de las otras, es lo que define el *ethos* filosófico *parrhesiasta* y crítico, ahora y siempre (es una actitud -quizás se decline mejor así, el

uno real, en femenino).

8.

El filósofo al igual que el ignorante no sabe, solo que el primero, a diferencia del segundo, sabe que no sabe y lo dice francamente; eso le da mayor libertad y juego para interrogar a los otros acerca de las cosas que saben o creen saber, acerca de sus límites y posibilidades; mientras que el ignorante está sujeto de manera directa e inexorable a lo que aquéllos le dicen saber. Cualquiera puede devenir filósofo en tanto practica activamente el no-saber y no se consuela con simples suposiciones o conocimientos técnicos sobre las cosas. Otro tanto ocurre en la práctica analítica. Cuando se decide tomar una demanda de análisis, por ejemplo, hay que asegurarse que el sujeto se encuentre implicado en las vías de su deseo por cierta anticipación lógica, material, verificable en el mismo decir. Que no se trate pues de un simple pedido de autoconocimiento o modificación conductual. Aun si dicha implicación -siempre material- no se encuentra despejada convenientemente, al principio, ni está en condiciones -el sujeto- de asumir las consecuencias inexorables que se desprenden de ello. Porque es allí, claro, en esas zonas oscuras donde el deseo se arremolina en torno al goce, que la inhibición, el síntoma o la angustia fagocitan el decir (*désir*) del sujeto. Del comienzo anticipado y el final a concluir, como en el ajedrez, algo se sabe y verifica, pero el asunto crucial de la partida se juega en los cortes del medio, entre presencias y ausencias, allí donde los nudos del deseo y el goce habrán de rehacerse una y otra vez, bajo la insignia de lo que se *supone saber al sujeto* -en este caso el analista.

9.

En los análisis también aparecen la tensión y tentación de un decir general, público o político, que aplasta la chance del decir singular y vuelve a reforzar en cambio la inhibición, el síntoma o la angustia; por eso, la operación ético-política que encarna o conduce el psicoanálisis (su teoría práctica) no es individualista ni colectivista, implica asumir que el deseo es deseo del Otro; consiste, así, en abrir el espacio y la escucha para la modulación singular de eso otro que pulsa, *ex-timo*, sin subordinarse a una forma o mandato determinado y sin desconocerlo o hacerle oídos sordos; encontrar la forma singular de decir en resonancia o hacer en relación al Otro, en sus huecos e inconsistencias, tomando la distancia justa al caso. No se trata de mediaciones, argumentaciones o expli-

caciones racionalizadoras, sino de gestos de escritura en acto que soportan un decir en nombre propio. En tanto el inconsciente no es individual ni colectivo, biológico ni arquetípico, hay que reafirmar el dicho lacaniano y extraer sus radicales consecuencias: *el inconsciente es la política*. Y la política en cuestión no es una mera cosmovisión o convención social (como suponen los contractualistas), sino un claro y decidido posicionamiento en la coyuntura (como diría Althusser), ante las relaciones de poder imperantes (como diría Foucault) y la imposibilidad que se abre en el seno mismo de la sociedad (como diría Laclau). En definitiva, *el inconsciente es la política* porque es el modo irreductible en que el sujeto se posiciona y responde ante los otros y el gran Otro, en la ciudad o espacio en que vive, desea y muere (simbólica y realmente); lo sepa o no. Se entiende entonces por qué la efectividad del psicoanálisis, y el posicionamiento del analista, no se pueden desentender de la política. Mi apuesta por el anudamiento entre filosofía, política y psicoanálisis, exige así, para circunscribir el objeto *causa de deseo*, dar un paso más respecto a la simple conjetura antifilosófica. Para ello, hay que dejar de lado los titubeantes usos y actitudes recelosas respecto a la filosofía; es necesario entender que la práctica actual de la filosofía no se reduce a recitar filosofemas o reciclar cosmovisiones, consiste más bien en sostener una práctica material y vital del concepto que, gracias al mismo psicoanálisis, ha reencontrado su función deseante y *archipolítica*. Por lo que, a la inversa, tanto el psicoanálisis como la política necesitan en su práctica nutrirse del ejercicio conceptual para pensarse en sus impasses y circularidades viciosas.

10.

Practicar de todos los modos posibles el alcanzar cierta distancia, apenas una mínima distancia, una infinitesimal distancia de todas las cosas, de los otros, de las servidumbres voluntarias e involuntarias, de los propios deseos y pasiones; no anularlos ni juzgarlos, no reprimirlos ni jerarquizarlos, sino asumirlos tal como son pero haciendo jugar allí esa mínima dislocación que es lo que permite decidir sobre las vías de todo aquello que se presenta e invertir, en sus encrucijadas típicas, las orientaciones prefijadas. Esa mínima e infinitesimal distancia respecto a todo no expresa un yo fuerte y autónomo, ni un patético sujeto dividido entre sus determinaciones significantes, sino el modo singular de aceptar lo inevitable como lo incurable sin caer en la fatalidad del destino o la estupidez de la repetición, asumiendo así la necesidad inexorable y dando su justo lugar

a la contingencia absoluta. Marcar las marcas, determinar las determinaciones, asumir la inmanencia de la inmanencia o el deseo del deseo, no dependen de un acontecimiento siempre por venir, al contrario, si no se ha ejercitado antes en la toma de distancia necesaria, jamás se podrán transformar los accidentes en acontecimientos, ni invertir el juego entre contingencia y necesidad que da lugar a un sujeto en verdad. En tal sentido, meditar sobre de las plantas, los entes matemáticos, las partículas elementales o los agujeros negros, son ejercicios clave para el descentramiento y la destitución del sujeto, pero no son los únicos y ni siquiera los más efectivos si no se inscriben en un modo de entender la filosofía práctica que busca transformar radicalmente al sujeto y no solo darlo por descontado (lo cual, finalmente, termina haciéndolo jugar de manera subrepticia e incuestionada en su identificación con algún ente privilegiado). Que los sujetos se ocupen de sí mismos, es decir se ocupen de su deseo, ante todo y sea lo que sea que hagan en pos de ello, es la mejor forma de lograr que se vinculen de manera honesta, potente y verdadera con otros, la ciudad, la cultura, la naturaleza (y que no se dediquen a destruir por mera impotencia, envidia o frustración). Por eso el deseo es el deseo del Otro, y solo se desea en verdad cuando se incrementa esa potencia que nos constituye. Luego, quienes deseamos por sobre todas las cosas que ello suceda, filósofos, políticos o psicoanalistas, nos la vemos con la tarea más ardua: mostrar, operar y transmitir por todos los medios posibles que tal deseo es realizable puntualmente, aun si, llegado el momento, tomemos la cicuta, las armas, o nos arrojemos al volcán. Nada está garantizado en el medio imaginario donde se juega el malentendido fundamental, sexual o social, aunque multipliquemos los recursos simbólicos para hacer el nudo.

11.

Hay quienes para realizar el deseo necesitan dar saltos en el vacío, no importa su magnitud, los dan golpeándose contra los muros, los otros y las cosas; pero hay otros que de tanto nadar en él, el vacío circundante, simplemente necesitan que se les dé una mano para atravesarlo, juntando y trenzando esas sutiles hebras, marcas y huellas significantes, que el deseo del Otro habrá dejado allí, flotantes, tan a la vista que suelen ser despreciadas por las grandes realizaciones, relatos y saltos imaginados de los pequeños otros (idealizados). Las vías del deseo son singularísimas e indestructibles, y el modo de trabajar en torno a ellas define una ética, un *ethos*, es decir un modo de conducirse y de ser. ¿Cómo se-

ría pues, en consecuencia, el análisis o la práctica de transformación de sí que deseo conducir, en el sentido del *ethos* concreto que apunta al nudo entre formas de saber, poder y cuidado, cuyas marcas son históricas y singulares? Hay en principio una apertura incondicional hacia cualquier forma de decir, pensar o hacer, ligadas sin dudas a tradiciones diversas, historias de encuentros y prácticas heterogéneas; solo se exige la implicación del sujeto en eso mismo que cuenta (novela familiar-neurótica, delirio místico-poético, cosmología filosófica-científica, quijotada revolucionaria o lo que sea), cuyo valor de verdad no depende de un correlato empírico o realista, sino de las mismas consecuencias de los asertos anticipados y sus tiempos lógicos de despliegue; la intervención específica (la táctica) y la orientación genérica (la estrategia) apuntan a que el sujeto se constituya en una mínima distancia respecto de eso que lo empuja y atrae, sin saber bien por qué; distancia que le abrirá el juego para que pueda modularlo sin sentirse destinado, atrapado o girando en círculos viciosos. Es muy simple y a la vez infinitamente complejo, porque las formas mutan según la materia y el sentido de oportunidad en cada corte y reanudamiento del asunto, hasta alcanzar la distancia adecuada al síntoma y su identificación. Quizás se podría pensar un curso de formación que se llame algo así como “La filosofía como arte de lucha, como arte marcial”. Sería un buen punto de encuentro para trabajar cuerpo, pensamiento y concepto al mismo tiempo; allí podrían componerse la perspectiva althusseriana de la “lucha de clases en la teoría” con la del último Foucault respecto a la preparación necesaria para dar lucha en la vida, la *askesis* y la *paraskeue*; tomar posición y trazar líneas de demarcación, aprender aquellos movimientos básicos y necesarios del discurso y el pensamiento, repetirlos y practicarlos hasta que hagan cuerpo, hasta que modifiquen los hábitos fosilizados y estemos a punto para dar batalla en todos los sentidos, en cada lugar y tiempo. Endurecerse y fortalecerse sin perder la flexibilidad, la velocidad y la destreza, agudizar el sentido de oportunidad en cada intervención. El concepto no es un capricho ni un adorno del entendimiento, resulta crucial para la vida, para orientarse en lo real, y por eso implica el cuerpo; a su vez, un cuerpo que no asume su materialidad hecha de letras y pensamientos, más que de significantes y significados (ni hablemos de destinos anatómicos), es un cuerpo inerte o destinado al sacrificio.